



• DE CALLE •

Wert flexibiliza los erasmus



JULIÁN BALLESTERO

HUBO un tiempo no tan lejano en el que el ministro Wert me caía simpático. Tan serio él, tan preparado, tan estirado... y a la vez tan gracioso. Con sus ocurrencias de pardillo, como aquello de “españolizar” en la escuela a los niños catalanes. O cuando, ante el anuncio de que los chavales tendrían que apelotonarse en las aulas, afirmó que “el número de alumnos por clase no aumenta, se flexibiliza”. Qué agudo. Todavía nos partimos de risa.

Qué tiempos cuando Wert nos amenizaba la siempre tensa lectura de la prensa diaria con frases como aquel mítico ataque a los premios nacionales fin de carrera que no le dieron la mano: “Yo jamás he desplantado a nadie, y me parece de justicia decirlo”. Así inventó el verbo desplantar con el significado de dejar plantado a alguien. Pero es lo que tiene ser ministro, que puedes inventar vocablos y parir leyes de enseñanza que tanto la Real Academia de la Lengua como la comunidad educativa irán detrás como burro tras zanahoria.

La mejor de sus agudezas es también una de las menos conocidas, aunque la frase merece figurar en los florilegios de la asignatura de Lengua: “En realidad, no es que un gobierno invierta más en educación y así tenga mejores alumnos y luego trabajadores más productivos, sino que si se mejora el rendimiento –sobre todo en matemáticas, lectura y escritura– de los estudiantes de un país aumentará su crecimiento económico, lo que es crucial porque permite recortar inversión en educación y al mismo tiempo que me-

jore el rendimiento de los estudiantes”.

A simple vista parece una aturullada acumulación de incongruencias, pero el circunloquio escondía un mensaje profundo y precursor de algunas de las más trascendentales decisiones del Ministerio. Porque para el ‘elegido de Rajoy’, mientras menos dinero destine el Gobierno a educación, mayor será el rendimiento de los estudiantes. En

No son recortes, sino la convicción profunda del ministro de que a menor inversión, mejores resultados

consecuencia, llevado por una lógica aplastante, Wert recortó ayer la ayuda a los erasmus, convencido de que ese palo (la letra con sangre entra) aumentará su conocimiento de los idiomas extranjeros y contribuirá a internacionalizar más su currículo. Por la misma regla de tres, si un curso entero en otro país espabila a los universitarios, medio curso les espabilará el doble.

Que nueve meses dan para demasiadas juergas, como diría una abuela de Garrido, aquella cuya nieta “se había ido de orgasmus a Holanda y no había tenido ningún suspense” (las abuelas, como los ministros, también se

sienten con derecho a proponer nuevas entradas en el diccionario de la RAE).

Es decir, que el Gobierno no intenta ahorrarse 16 millones de euros bajando la asignación de 34 a 18 millones para el Capítulo Erasmus, sino que trata de potenciar el programa (“flexibilizar”, que diría Wert). Desde luego, los españoles somos conscientes de que el Ejecutivo presidido por Rajoy preferiría suprimir cien o doscientos de sus casi setecientos bien pagados asesores antes de perjudicar el futuro de sus estudiantes, cuya formación considera básica para el futuro de España. Y puestos a restringir gastos, si de eso se tratara, el gallego monclovita estaría dispuesto a quitar esos 16 millones de la partida de 7.000 (millones de euros también) entregados Cataluña en la última remesa del Fondo de Liquidez Autonómico. Antes se quedarían de a pie los cuarenta mil políticos españoles con berlina y chófer oficial que permitir el menor perjuicio a

nuestros universitarios, en cuya preparación residen nuestras esperanzas de un país mejor. Amén.

Por lo tanto, la Universidad de Salamanca no tiene motivos para sentirse perjudicada por la nueva y brillante estrategia diseñada por Wert para los erasmus. Ni los estudiantes, cuyo hígado quedará agradecido a la reducción de la estancia en el extranjero. Ni los padres, que dispondrán así de tres meses locos (Erasmus se los devolverá en abril) para mantener a los hijos en casa sin saber qué hacer, con lo cual Wert favorece el diálogo en el seno de las familias. Qué tío.